

## PRÓLOGO

HONDA EXISTE. Es una especie de vetusta Vetusta. Honda es lo tangible. La plaza. La Mata. La panadería. Los bares. Fulano. La fábrica. La guerra civil. Los Sanz. La iglesia. La Aldea. El cerro. Los portugueses. El perro de San Roque. El puente. El Ayuntamiento. Mengana. La estación. El cuartel. La antigua discoteca. La Inquisición. La cerámica celta. El portillo. La chimenea negra. El alto de Santa Lucía. Las respuestas catastrales. Los De la Mata. Las escuelas. Zutano. El cementerio. El horno. El pozo de Ayrón. Los curas. Merino. Los perros. Los ecuatorianos. La ermita. Los mozos. El cañón. El tenor. El pico. La botica. Navas. La picota. El depósito. Las piscinas. La vía. Los Navazo. La fuentona.

Honda es lo genérico. El teatro de las ambiciones. El pueblo. Castilla. España.

Lo genérico existe en lo tangible. Es lo tangible.

*Honda* es la imaginación que vuela sobre el escenario genérico, que es el tangible. La invención de un viajero desterrado y agradecido, pulpo batiendo sus tentáculos, palos de ciego, en el garaje sin puertas del valle, del pinar o de la sierra. La realidad transfigurada por las pupilas del lego, oficinista, burócrata, aprendiz de escultor de historias y de cuentos. La perspectiva sesgada. El enfoque imposible.

*Honda* es la yuxtaposición de tres planos.

El que capta el visitante que escribe *Honda*, viajero de ocasión, irreal, interrumpido, ignorante, vago. Éste debe ser el plano menos objetivo, pues en él el viajero invierte su dosis (mediana, urbana, pobre) de objetividad quimérica.

El que despiden las historias que no han sido pero podían haber sido, o las historias que han sido, aun distintas en su argumento o en su desenlace, y que sin embargo podían haber sido tal cual se narran.

Y finalmente, el que forma el tiempo, las historias de la Historia que ya nadie, o casi nadie, puede certificar si fueron. Si la Historia (con sus Personajes, con sus Lugares) es una disciplina inabarcable, mayor incertidumbre todavía recae, por fuerza, en las historias que protagonizaron las personas y los lugares que no registraron los libros de la Historia.

Con todo, los dos últimos planos, por ficticios (sea de forma total o parcial), tienden a aportar luz (de lámpara de adivino) donde sólo hay sombras, aun a riesgo de cegar la imprescindible aproximación científica.

Ya se sabe que la ignorancia es atrevida.

Me dicen que el autor debe advertir en los prólogos, como el director en las películas, de lo novelesco o fantástico de sus contenidos. Vaya pues con estas líneas

esa declaración, con el ánimo de que tanta imprudencia no ofenda a quienes se sientan poseedores de su verdad o de la Verdad.

Con idéntica osadía, no menos censurable, y por ser también, según los cánones, materia obligada que debe tratarse en esta introducción, no le queda otra empresa al autor que valorar lo retenido en su condición doble: la insólita de *viajero* y la inexperta de quien se lanza por vez primera desde los tiempos de don Ignacio a explorar los caminos de la literatura de ficción, acaso para evitar cualquier tentadora asimilación al escritor de uno de los capítulos, que ya lleva cinco piezas.

Para concluir que su punto de mira, el de riadas de gente anónima en el metro, en la oficina, en el estadio, el de los edificios rebosantes de plantas, el de individuos que se dicen lo imprescindible, normalmente verdades, el de tarjetas para todo, el de enfoques reflexivos y asépticos sobre la vida pública al servicio de la autodefensa, para amparar una auténtica privacidad, le impide discernir qué hay detrás de las tradiciones, de las pláticas, de los comportamientos, de los atuendos, de los gestos y de todas cuantas apariencias tanto le cuesta asimilar a este indocto advenedizo de la España rural.

Y en ese cisma, se alecciona de que no hace falta cruzar charco alguno para descubrir la magia que para cada uno inventa la comunión de un espacio y unos figurantes: la que se respira en Macondo, la que se discierne en Vetusta, la que se destila en Honda.



## **EL ÚLTIMO LUGAR DE LA TIERRA**

HOY ES EL SEGUNDO día de luto en Iria Flavia. En el resto de España es un día como cualquier otro. Quien murió no era jefe de Estado, alcalde del pueblo, torero ni tonadillera.

Pero allí, en el epicentro de Galicia, en el meollo celta, todavía se percibe el crepúsculo del siglo que pasó, ocaso que se confunde, indefinido, con la sombra titubeante del olivo bajo el que ya reposan los restos de Cela. El más expresivo, y a la vez el más cierto, es un titular que habla de grandeza: “la muerte de un gigante”. Sí. Un gigante no es sólo el que es mucho mayor que lo considerado como normal, como enseña la Academia. Un gigante es también el que acapara tanto que, cuando desaparece, provoca una reacción que es al mismo tiempo cenit en el vaivén del pulso social y propensión desafortunada al análisis del pasado más inmediato, el día de antes, las razones que lo engrandecían.

Para el autor de la más importante obra en castellano son también gigantes quienes son capaces de alimentar ilusión hasta la locura, como la que terminó consumiendo a un ávido devorador de libros de moda, a la sazón tocayo del primer vástago del viajero.

El viajero, que podría estar loco, anhela parecerse al que se colgó la mochila en los años cuarenta y escudriñó, con cálculo y también con concesiones al azar, recónditos rincones de la tierra alcarreña. El mismo por cierto que, algunos años más tarde e investido de la condición de vagabundo, todavía más mundana que la de viajero, recorrió la vieja Castilla.

Pero no se le escapa que las circunstancias son distintas.

Él es un asiduo de la geografía que pretende desgranar. Realmente, en el ánimo de hacerlo no encuentra otra causa que su propia ignorancia y su curiosidad, hoy todavía creciente, por un entorno que seguramente enmarcará múltiples pasajes de su vida.

Amén de los medios. Al viajero no le hace falta una dosis de esfuerzo para reanudar el camino un día de cada dos, ni morral en el empeño. Total, para unas cuantas hectáreas de pueblo, simple y llanamente pueblo, y algo de monte, basta con un puñado de voluntad.

Todo eso es lo que el viajero aspira a novelar. *Nivolar*, más bien.

De su primera visita al pueblo hace más de siete años.

El tiempo hace ver las cosas con perspectiva. Seguramente las carreteras eran las mismas entonces, como el rojo plomizo de los tejados. Quizás el reloj existencial marcaba como ahora los segundos, con el mismo compás: tic tac, tic tac. Pero en el noventa y cuatro no era como ahora. Entonces, el viajero creyó estar llegando al

final de la tierra. Años después, cuando el avión, tan irreal como el paisaje, de la línea *Kaikén* sobrevolaba las cumbres andinas antes de aterrizar, endeble y precipitado, en el aeropuerto de Ushuaia, le pareció haber vivido ya la peculiar escena. Ushuaia: donde más al sur ya no hay nada.

Tal cual fue siete años atrás. Al llegar a lo que debía ser el mirador, uno de esos muchos miradores que la mano del hombre con la ley del mínimo esfuerzo gana a una naturaleza propensa, el viajero veía, en Honda, ese fin del mundo particular suyo. El cuadro le produjo, no cabe duda, una extraña sensación. Realmente, había campo más allá, en el norte. Sin embargo, desde allí el paisaje desprendía un aroma especial, ejercía un hechizo difícil de describir, a medio camino entre el efecto imán y la impresión de omnipresencia. Puede que la causa fuera el color, o la disposición de las casas, cualquiera sabe. Pero allí estaba el viajero, embaucado de aquel cóctel de grandeza concentrada, historia viva y extrañamiento.

Hoy, cuando ha pasado más de un lustro, cuando el viajero ha salido de la gran ciudad con el mismo rumbo que entonces pero con otras personas, cuando el concepto de su estancia en Honda es, por fuerza, totalmente diferente, cuando con Tristán ha coronado aquel mirador circunstancial (ahora —¿o quizás siempre?— señalado abajo, junto al río), con una furgoneta más vieja pero infinitamente más cercana, si hay algo que no siente es aquella extrañeza. El fin del mundo está mucho más lejos, y quién sabe si existe. No hay esquinas en el horizonte. Nada que ver esa linde, real o ficticia, con un villorrio en mitad de la ancha Castilla.

Pero allí siguen: la misma grandeza, la misma historia.

Tristán quiere saber y quiere que la gente sepa. El viajero piensa que Tristán conoce bastantes palmos de la tierra que pisa. Sabe que es un buen compañero de viaje en el camino emprendido. Salvo algunos años de juventud, los que coincidieron con sus estudios universitarios, se ha pasado la vida en Honda. Algo anecdótico, porque allí apenas quedan ya jóvenes. La civilización se los llevó consigo, los atrajo a su regazo. Y precisamente eso que se hace llamar en estos días globalización, hace que vuelvan, sólo de cuando en cuando, a su punto de partida. A Tristán, sin embargo, su profesión, y quizás algo más, todavía le une indisolublemente al pueblo que hace treinta y tantos años le vio nacer.

En el mirador del Hocino, que el viajero sólo remotamente recordaba, Tristán le cuenta lo que piensa de la gente del barrio de abajo, de los pícaros del Ayuntamiento, de la Junta, de la inversión que quedó en agua de borrajas, del puente y del castillo, del otro lado.

En ese momento, Tristán todavía no sabe que hoy puede ser, es, el día uno del *viaje*.

Se entera más tarde, cuando, quizás imbuido de la dicha, siempre oculta tras su expresión hierática, por saber que alguien atiende a sus explicaciones fuera de lo que podría considerarse un discurso tradicional, del bar o de la acera de enfrente, se monta en la furgoneta para enseñarle al viajero el lado más desconocido, el que se perfila en el cerro, allende el polideportivo (¡que el viajero identificó antaño con el fin de la tierra!), el que asoma a Honda desde el norte, desde el merendero del Olalla y el depósito, el que reinventa Honda desde su singular perspectiva.

Son sólo las cinco y media, pero la noche cerrada de un invierno feroz empieza a caer sobre los tejados de las casas. Este día Honda tiene un color extraño, una tona-

lidad ceniza más acusada. Desde allí, es muy fácil identificar, señalar con el índice, todo lo que después de tantos años tiene, en cierta manera, algún significado para el viajero. Realmente, para un período tan largo ¡qué poco ha importado todo aquello en su peregrinaje por el otro mundo! La casa familiar, por supuesto, y junto a ella la plaza cuadrada, y de allí el camino hacia la iglesia y más al sur hacia la ermita y el río Lobos, la fábrica de maderas y el comienzo del cañón y en medio, como con ánimo de dividir el pueblo en dos, la carretera que empieza cuatrocientos diez kilómetros antes, en Sagunto, reminiscencias del camino que ya hiciera el Campeador, y termina en Burgos, capital de la provincia a la que pertenece Honda. Pero hoy le llaman también la atención la línea que perfila el valle, el humo de las chimeneas, los chalets más lucidos, las edificaciones recientes que van surgiendo como estribaciones en torno a la carretera, los adornos navideños, la luz tenue, el vacío...

Es entonces cuando le dice a Tristán que hay un viaje por hacer y que cuenta con su ayuda y con la de todo el que se preste para narrar lo que el destino le pueda deparar.

Tristán no es de los que se llevan una inmensa alegría, ni por esto ni por nada. Parece que una tímida sonrisa ilumina su mirada. Pero pronto regresa a lo suyo, a la historia de ese Olalla, el del merendero, que es primo suyo, y luego a la de los grandes terratenientes de la villa. Supone el viajero que también él se considera uno de ellos, y no le faltan razones, porque allí, hacia Soria, queda San Julián, *su* San Julián, y en su monólogo, que sabe que no es recepticio —porque el viajero solamente le observa y le oye, pero ya no le escucha—, cabe también el escenario geográfico real y global, el de Hacinas, Salas, Navaleno,

**Casarejos, Rabanera, Palacios, Silos, San Leonardo, Vilviestre...**

**Tristán no le cree, el viajero está convencido. Es que ni siquiera sabe este viajero si creer su propio discurso que, llegado este punto, ya no expresa con palabras, sino que solamente interioriza, atizando la chispa de su testarudez extrema.**

## RETRATO DE EMIGRANTE

ERA DISTINTO cuando los flashes y las entrevistas, las ruedas de prensa, la privacidad mutilada por la excitación ajena, la corte de perseguidoras, la indiferencia ante el botarate insultando, los descansos de Ibiza, la eternidad que prelude la fama...

En la rutina de hoy (paseo matutino, desayuno copioso, *As*, almuerzo, siesta, café, partida de naipes, ronda vespertina, leche con galletas, *bayleys*) no queda ya nada de la rutina de antaño, bendita rutina tantas veces denostada, cuando Pancho, en la odiosa reiteración de la zalema cortés hacia quien lo abordaba en cualquier sitio, pensaba si no pensaría el intruso lo que él estaba pensando, si no se daba cuenta de que antes que él fueron miles los que lo requirieron sin fundamento, incluso de que hacía el número ene más muchos de entre los que, a lo largo de la semana y sin conocerlo más que por la prensa, le exigían corresponder al comentario de turno sobre

cualquier cosa: su corte de pelo, su amante ocasional, el balón que no entró en la final del año pasado, su posible fichaje por el adversario, sus compañeros de andanzas, la copa. Entonces inevitablemente le parecía un cretino quien, abominable rutina, era incapaz de personalizar el halago o lo hacía en exceso, quien le reprochaba cualquier actitud o quien le reputaba el tipo más extraordinario. El mismo imbécil, seguramente, que era incapaz de reparar en el mal de hastío que forzosamente provoca la recreación en un tópico con cara y ojos, el guardia real de Buckingham a quien el oficio le impide pestañear ante la insolencia de los turistas incisivos, la cumpleañosera trabajadora que, siquiera transitoriamente, está abocada a soportar las ocurrencias immeditadas que genera la inercia de un determinado contexto.

A Pancho le cuesta asimilar que la lisonja de entonces hoy es compasión, y la crítica indiferencia.

Pancho es un hombre entrado en los cuarenta, alto, medio rubio o más bien castaño, con grandes cavidades oculares y nariz aguileña, ambos rasgos resultantes en un cierto aire de *yuppie* escandinavo, y en general corpulento de constitución, lo que imprime a su aspecto una considerable dosis de vulnerabilidad, casi de riesgo, cuando, como ahora, el alcohol, la soledad o una combinación de las dos lacras, las dos sólo en parte producto de su propia elección y, en cierto modo, una llevando a la otra, le privan de unos cuantos kilos, tan necesarios para llenar los atuendos de otro tiempo.

Demasiada forma y retórica, en todo caso, para tan escasa sustancia. De la esencia de Pancho como persona apenas queda ya más que el recuerdo de la estrella que fue.

Y eso que la condición de estrella, lo que se dice estrella, solamente la alcanzó en aquel equipo de ensueño que tan bien jugaba al balón, en el que cualquiera brillaba y que, aun abocado por su trágico pero resignado destino satelital a no abandonar la categoría de plata más que para perderla, llegó a copar alguna portada de periódico de tirada nacional; jóvenes *jasp* que jugaban sin complejos y lo hacían en el mismo campo que sus ídolos, aquellos los sábados y estos los domingos, y que, aun animados desde la grada a los coros del equipo grande, laureado, su razón real era la de Castilla, incuestionable premonición para el madrileño de cuna y sentimiento.

Cuando ascendió al primer equipo de la mano de aquel gallego que consiguió hacía casi dos décadas el último título continental, Pancho exportó su desparpajo de la banda a la sala de prensa hasta el punto de que, después de unos meses en los que parecía tener un futuro más que prometedor en aquella constelación de figuras nacionales y foráneas, su charlatanería, rayana en el descaró —principalmente traducido en la crítica más desconsiderada hacia su entrenador y compañeros cuando terminaba el partido del domingo y él, como casi siempre después de los meses iniciales, no había formado en el once de partida—, terminó pesando más que el talento bruto sobre la cancha que tan alto lo condujo. Lo cierto es que tanta altura presagiaba una caída de campeonato. Y así resultó ser, pues no en vano sólo tardó dos años en cambiar de nuevo de competición, regresando al campeonato que lo vio crecer y pasando a contender, con otros colores y en un equipo de mucha menor entidad, contra el mismo que lo encumbró como deportista, que para entonces, por exigencias de la competición, ya había mudado el nombre por el de la institución a la que representaba.

Pero a Manuela la conoció en el Castilla el mismo día que debutó en aquel estadio medio desierto del centro de la ciudad, henchido en aquella camisola morada de *Zanussi* con el tres a la espalda.

También Manuela era primeriza aquella tarde.

Tarde largamente esperada por ella, por ser la que había señalado en la agenda en rojo carmín de edad del pavo tres meses antes, cuando empezó a salir con aquel estudiante de su mismo pueblo, Honda, y que llevaba ya aproximadamente tres años cursando sus estudios universitarios en la capital. En aquella primera visita de fin de semana de la paisana dio el buen chaval el primer paso para tratar de que entrara por el aro de su pasión primordial. Al compartir con Manuela semejante vicio, permisible desde luego para el muchacho provinciano de colegio mayor y familia exenta de necesidades, demostraba él tener un ingenio innato para los negocios de grandes cosechas, especialmente tomando en cuenta que lo que a él le costaba trescientas a ella le valía nada más que veinticinco. Acaso fraudulentamente, porque el precio que él pagó por ella sin que lo supiera estaba reservado a los menores de catorce, pero aprovechaba las circunstancias de lo mucho que los dieciséis rejuvenecían a Manuela —sin duda la adolescente que había causado más sensación en Honda el verano anterior—, la experiencia propia en los años inmediatos y la propia oficialidad, que no exigía cédula de identificación a los menores, impidiendo de ese modo que un portero avezado pudiera cerciorarse de la tan recurrente infracción.

El día de marras, comoquiera que los tiques en cuestión habilitaban para ocupar cualquier localidad en el coliseo, los tórtolos escogieron uno cercano a la cancha y todavía más a los vestuarios. Así que, cuando sustituían a Pancho poco antes del pitido final y después de culminar

una actuación gloriosa que le aseguraba la continuidad que perseguía, la rústica Manuela le espetó algo del tipo “bravo”, él miró en torno y vio cómo una niña pizpireta y ataviada más para la fiesta nacional que para aquel enredo le interrumpía, “un momento, por favor”, y luego le hacía una foto, la primera del carrete que ella compró en Soria para la apasionada cita, la primera de la vida deportiva de él.

El mocito de Honda consumió aquella noche con Manuela sus últimas horas de noviazgo, porque a la mañana siguiente llamar al club y presentarse ella en el entrenamiento fue uno solo. Después de éste, la castellana y el castillista ya estaban saboreando su primera *coca-cola* juntos en un bar de tercera muy próximo a las cocheras de los autobuses municipales, mientras el hondeño, que algo barruntaba, esperaba en el *víps* de turno media hora, una, dos, dos y media, con la vaga esperanza que sólo la carantoña del camarero cómplice a la hora de los postres inexistentes fue capaz de despedazar.

La relación entre Pancho y Manuela fue consolidándose con el tiempo. Primero a hurtadillas, inventando ella escapadas, normalmente haciéndose acompañar de amigas reales o imaginadas, y supuestamente para visitar a quien ya para entonces había desaparecido completamente de su vida sentimental. Más tarde, con la tácita institucionalización de una reunión semanal, bien los domingos o los lunes —los que para él cayeran en feriados, como profesional que empezaba a ser—, en el campo de Rabanera, cercano a Honda pero alejado de la carretera, donde entre estiércoles y mugidos jugaban a mayores.

Tanto fue el cántaro a la fuente que en el pecado fueron descubiertos, y no sólo porque la tierra burgalesa de pinares no fuera la más indicada para cultivar un anonimato casi imposible, sino también por el bulto que todas

las semanas, y sin aparente aumento en la dieta, iba creciendo en el bajo vientre de Manuela. Así hasta que al sexto mes el embarazo era una evidencia irrefutable.

Cuando la niña nació, ella, que ya era mayor de edad, se trasladó a vivir a la capital con su novio, inmediato marido, lo que ocurría justo un mes antes que la promoción de Pancho al mejor equipo en el que estuvo.

Y poco duró el particular destierro de Manuela con su retoño en el chalet del noroeste de la ciudad durante el invierno y en la isla mediterránea en vacaciones, porque como ya se ha dicho a las dos primaveras y después de conquistar el club —y en consecuencia también él, no obstante su mínima participación en la hazaña— dos títulos oficiales, tuvieron que emigrar a la capital de la provincia de la que ella procedía, cuyo equipo más representativo reclamó los servicios de Pancho cuando lo efímero de su gloria ya era un hecho y el edén que tiempo atrás tanto había soñado se había tornado inalcanzable. Debe decirse que en la elección de la nueva empresa no sólo influyó lo jugoso de su oferta, sino también y sobre todo la influencia decisiva de Manuela, que vio el cielo abierto para renovar, incluso en la propia Honda, los hábitos que durante el bienio perdió.

Fue en aquella urbe catedralicia donde Pancho empezó a encontrarse solo, a añorar la etapa anterior de su vida, con todo lo que de ausencia de privacidad tenía, y también el apego diario de su hija Claudia.

En la fría villa del norte de Castilla Pancho calculó que los ingresos que hasta entonces le había reportado la práctica deportiva, sumados a los que previsiblemente obtendría por su ejercicio hasta el día de su retirada —en nada comparables cuantitativamente a los anteriores— serían insuficientes para alimentar a su familia hasta el día del juicio final, lo que le animó a complementar su

actividad con la regencia de un negocio de papelería en el que él mismo invirtió parte de su fortuna.

Por otro lado, era Pancho jugador más preciosista que batallador, y una cosa era mostrar sus dotes de cara a una galería hecha a los virtuosos y otra bien distinta tratar de imponerlas cuando el público y las exigencias demandaban una brega que nada tenía que ver con la forma de entender el juego que le enseñaron desde niño; no en vano, en aquel patatal donde jugaba, muchas veces cubierto de un espectacular manto blanco que lo hacía aún más impracticable, todo se orientaba hacia una suerte de supervivencia, hacia el objetivo de cazar antes que ser cazado. Así fue como su figura perdió empaque entre los miembros de la nueva plantilla y como se ganó el calificativo de “porcelanita” entre la afición, que ya apenas recordaba su pasado esplendoroso en el filial del equipo con más torneos del continente.

La suplencia que vino después representó para él un duro golpe, aunque superado con creces por el que supuso comprobar que a aquellos recios castellanos que constituían, en principio, el mercado geográfico de su negocio les era absolutamente ajeno el caché que pudiera tener una determinada pluma de marca, y sus necesidades en materia de escritura no reclamaban piezas más virtuosas que el *Bic* o el *Pilot*, productos que, a mayor abundamiento, obtenían gratuitamente en la empresa en la que trabajaban o en el banco que gestionaba sus depósitos.

En ésas Manuela, cosas de mujeres, se volvió a enamorar del chico que la invitó a su primer partido y éste, cosas de hombres, no tuvo en cuenta el despecho que supuso el primer plantón y su asociada infidelidad. Además, él estaba a punto de terminar la ingeniería de montes que lo mantuvo encerrado entre cuatro paredes

los años precedentes, y esa inminencia despertó en ella la avidez en hacer planes para los tres, Claudia incluida. Planes que pasaban por sacar un dinerito de las propiedades que con Pancho tenía en común, que ya eran muchas para entonces, y también del derecho a alimentos que la mera existencia de Claudia sin duda generaría, y por forzar al hondeño a ejercer su honrosa profesión en los mejores montes de toda España: los de Honda, desde luego.

No hace falta decir que todo lo anterior lo consiguió.

Pero también acabó por cansarse de su nuevo estatus, incluso antes que del anterior, y por la poderosa razón de ser, objetivamente, mucho peor. Llegado ese punto, se trasladó con su hija a Madrid, a un chalet próximo al que tan precipitadamente tuvo que abandonar en los años en los que su cónyuge todavía era una *víctima* de la fama.

Entretanto, las visitas periódicas al pueblo desde la ciudad donde sus nativos debían rendir sus cuentas varias a la Administración habían empezado a despertar en Pancho una cierta propensión hacia lo rural, lo aldeano, lo extravagante, lo antagónico a la vida que hasta entonces se le conoció. Y además, para ese tiempo ya prefería el más exacerbado de los anonimatos a la absurda reiteración en todas partes de los coloquios de siempre, en la plaza mayor y en Reyes Católicos: “este año, Pancho, se ve que no ascendemos”, “a ver si el Ayuntamiento se rasca el bolsillo y ficha a quien hay que fichar”; demasiados años asistiendo ya a tales pamemas y trivialidades sobre once trabajadores ganándose el pan en calzoncillos y no, como debía ser en un mundo normal, vendiendo *parkers*. Todo ello amén de ser comentarios que, involuntariamente, dejaban la estima de la otrora renombrada adquisición bajo el entumecido subsuelo de El Espolón.

Sólo la mala estrella que parecía empeñada en instaurar el justo equilibrio frente a una etapa anterior infinitamente más afortunada —si bien hurtada al completo disfrute del capitalino por esa vehemencia con la que todo hombre encara su exultante juventud— hizo que, para cuando Pancho adoptara la firme resolución de comprar a los ganaderos la más espectacular de las mansiones de Honda, camino de las piscinas, pero con la propia recién construida, evidente signo de prosperidad en la pequeña población de secano, su cónyuge —la separación legal que ella ya había forzado nunca maduró en divorcio, sin duda por la aureola satánica que en aquella época y todavía hoy en Honda rodea a la innovadora institución jurídica— se mudaba con la criatura, tras su segundo gran fracaso, a la metrópoli que le había visto nacer hacía ya más de un cuarto de siglo. Así que el madrileño apenas pudo disfrutar de un período más o menos prolongado de proximidad a Claudia, volviendo a la lejanía geográfica que lo persiguió prácticamente desde el momento en el que la niña empezó a comprender y razonar. En todo caso, era seguro que la lejanía no trascendería esa categoría, la física, pues en el pacto tácito alcanzado tras la separación impuesta la madre no había de poner reparos al cariño que padre e hija se debían mutuamente, siempre que, claro está, lo pusieran en ejercicio fuera de su entorno familiar, y a ser posible a cierta distancia del municipio serrano. Con todo debe decirse que Claudia asumió desde niña su desgraciado papel, comprendiendo a la perfección que en el azar que le privó de la educación paterna no hubo dejación de sus funciones por parte del ascendiente, sino estricta aplicación de la legalidad vigente escrita y, en el caso de la normativa local hondeña, también consuetudinaria.

Entre balonazos de entrenamientos y amistosos, aún le aguantó a Pancho otros tres años no el cuerpo, sino la desidia de una directiva que no se resignaba a ceder en el entendimiento de que en aquel personaje que un día llegó de la villa y corte había, cuando menos, un nombre con el que amedrentar al adversario, como imaginando que éste pensaría “cómo serán los demás, si el mismísimo Pancho, aquel que llegó a ganar el campeonato de primera, es suplente en este equipo, que no le llegaba a aquél a la altura de los talones”.

Un acuerdo entre administraciones, representadas por los dos presidentes más longevos de la democracia española, entonces en distintos cargos, propició que, en un alarde de presteza hasta entonces desconocido, arreglaran la carretera precisamente en esos años, lo que permitió que el deportista papelero hiciera todos los días el viaje de ida y vuelta, consumiendo en la capital de la provincia el tiempo necesario para asistir a la preparación física por la mañana —por descontado, sin involucrarse más que lo justo y necesario para eludir una suspensión de empleo y sueldo que, todo sea dicho, por momentos mereció— y a la papelería por la tarde. Lo cual duró hasta que traspasó el local donde ejercía este ruinoso negocio y se convirtió en el representante de una ilustre firma de plumas en una zona que por lo definida le venía como anillo al dedo, Castilla Nordeste y Aragón Centro. ¡Quién sabe si no era Honda justamente el epicentro de aquella venturosa creación empresarial!

Su retirada de los campos de juego no tuvo más homenaje que el singular regalo de Claudia, que ya apuntaba dotes de artista y con esa vocación dedicó al padre una acuarela *naïf*, con motivos balompédicos y alusiones demasiado directas a la separación matrimonial que protagonizó sus primeros años.

Mas si por lo simbólico mucho agradeció Pancho que su ser más querido invirtiera su sabía en alimentar el cariño recíproco que ambos se profesaban, lo que de verdad imprimió a su vida un giro de ciento ochenta grados fue la flexibilidad que permitió que, a partir de ese momento, la niña pasara a compartir largas temporadas con él, fruto sin duda de la subsistencia despreocupada que llevaba en la capital una Manuela sin compañía, sin proyectos profesionales y sin ninguna clase de miras. Esa circunstancia, unida a las reducidas dimensiones del pueblo pinariego, donde cruzando la calle uno puede toparse con quien en ese momento menos espera, forzosamente influyeron en el reencuentro entre él y sus suegros, que por otro lado no veían con buenos ojos el desbocado empeño de la esposa e hija en acomodarse a una especie de soledad en medio de la colectividad —o más bien de la nada— tan radicalmente contraria a su ideario primigenio. Entonces él, cuando estaba en Honda, como ocurría durante la mayor parte de los días de la semana, acudía muchas veces a recoger a Claudia a la hora de la comida, e incluso en ocasiones allí anidaba sus posaderas con el indomable afán de brindar a su cuerpo los festines que nunca antes pudo disfrutar, hasta entonces por impedirselo un mínimo sentido de la profesionalidad, y a raíz de su definitivo asentamiento en Honda por su notable inexperiencia en las habilidades culinarias. Eso sí, siempre sin poner en riesgo su condición de caballero agradecido, hasta el punto de que, cuando su intención efectiva era la de compartir mesa y mantel con el otrora enemigo, llevaba a la casa familiar uno de los innumerables Riberas con los que una de las más conocidas bodegas de la zona le agasajó cuando recaló en el principal equipo de la misma.

Y fue así como transcurrieron los noventa; él con un cierto respaldo económico gracias al inabarcable

ministerio de la representación —con el tiempo, aplicable a cualquier cosa, no solamente a bolígrafos, carpetas y sillas de oficina, sino también a mercancía de carne y hueso, deportistas de segunda o tercera fila que ejercían su oficio en la misma área, Castilla Nordeste y Aragón Centro o “CANAC”, como él terminó llamándola con afecto—; Manuela, cocainómana, ocasionalmente arrejuntada con algún artista del Retiro o, a lo sumo, de bar de Malasaña, y dando tumbos de aquí para allá sin más norte que el geográfico, el que cada año por fiestas daba con ella en el pueblo donde nació y donde ya vivían todos los que para ella habían tenido algún significado; y Claudia, inscrita en las escuelas de Honda donde, por consideración a las veleidades, fijó definitivamente su hogar, y que, de lo lejos que apuntaba, se permitía incluso aleccionar a alguna que otra maestra sobre si tal o cual novela era en su opinión mejor que *El camino* de Delibes, o sorprendía a propios y extraños cuando de su inspiración pictórica emergían unos trazos impecables, dignos incluso del mismo Manolo, natural del limítrofe municipio soriano.

Resta por registrar en estas líneas los progresos o más bien retrocesos del tal José Luis, aquel primer novio de Manuela, quien también acabó estableciendo su domicilio permanente en el pueblo del que era natural y que, por afinidad evidente en edad y posición, llegó a convertirse en uno de los inseparables compañeros de andanzas del madrileño.

Son precisamente ambos, José Luis un tanto desmejorado por una extraña enfermedad que le mantuvo postrado en cama durante más de un mes hace ya cosa de dos años y Pancho, medio consumido por la soledad, pero con ese aspecto tan característico de los que fueron en otro tiempo deportistas de elite, revelador del brutal cam-

bio que de la noche a la mañana experimentó en sus hábitos alimenticios, aunque ahora menos orondo por causa del alcohol, como ya se ha expuesto, los que se reúnen hoy con el grupo de siempre —siquiera ligeramente reforzado con otros integrantes de ocasión que peregrinan a Honda algunos sábados para regresar los domingos a sus lugares de origen— en el bar de Miguel, acérrimo fan del campeón de Europa que en los tiempos de Pancho tanto pudo rascar y tan poco rascó en el continente del que vuelve a ser santo y seña, justamente para comentar, con sorprendente sagacidad en el criterio de todos, el nuevo y complejo envite en el que el club con título de realeza tratará de aparcar una de esas crisis periódicas que traen las derrotas sucesivas. Discurre la conversación como siempre y Pancho, por no ser, no es, en un análisis general, ni la voz autorizada en un argumento que debería conocer con más profundidad que el resto; sino que es, simplemente, el pretérito imperfecto, la estrella que fue un día, sin cámaras, sin altavoces, sin firmas, sin banderas, con la pírrica facultad de aprovechar los instantes vidriosos o extravagantes del espectáculo que concita todas las miradas para responder a los sabios cuando, ejerciendo de tales, recuerdan un algo o un alguien que, por coincidir en el sitio o en la época, inevitablemente les asocian a Pancho; y entonces sí, Pancho, antes de intervenir, rememora viviéndolo de nuevo el camino del limbo, los periódicos, el conchabarse con los célebres integrantes de la quinta que tan bien venían para ilustrar cualquier anécdota. Y cuando todo lo anterior sucede, ya instalado en su paraíso terrenal que antaño tanto le agobió, interviene pausado, coherente, instruido, imbuido del medio cargado de humo e intensidad.

Esta tarde, después de una de esas declaraciones estelares a propósito de un “qué testarazo más impresio-

nante, digno de aquel tío que llegó a jugar con la selección hace unos años, sí hombre, ¿cómo se llamaba?”, suena su teléfono móvil, generación dos y media pero satisfecho de saciar, solamente con las funciones de la generación uno, todas las necesidades del avejentado Pancho.

—Diga.

—Dime tú.

—No oigo a nadie. ¿Quién eres?

—¿Quién voy a ser? Tu mujer. Ya ni me conoces la voz. Anda, haz el favor de salir un momento de donde te encuentres, porque no se oye un pimiento.

Pancho, con ademán de fastidio, atraviesa el umbral de la puerta hacia la calle otoñal, desolada.

—¿Ahora mejor?

—Sí —Manuela interrumpe momentáneamente el diálogo. No es como otras veces. Ahora tatea el terreno, que es el suyo, antes de lanzarse al vacío. Lo hace al cabo de veinte segundos, cuando la decisión de plantear la espinosa cuestión es irrevocable—. Mañana voy para allá.

—¿Y eso? ¿Tú por aquí un domingo cualquiera?

—Ésa es tu vida. No hay domingo que no sea un domingo cualquiera. Pues mira, para empezar a hablar, te recuerdo que mañana hay elecciones. Toca echar al alcalde.

—¿Sigues empadronada en Honda?

—Eso siempre. Que abulte el censo.

—¿Y ésa es la razón por la que vienes? En mis tiempos, tus inquietudes políticas brillaban por su ausencia. Y ahora que estás lejos... —Pancho no podía comprender tanto interés en hacer cuatrocientos y pico kilómetros, mitad de ida y mitad de vuelta, solamente para ejercer un derecho tan rancio, y mucho menos en adelantar el dato con esa urgencia inusitada.

—Por eso y porque me quedo.

Después de la bomba que Manuela deja caer como si se tratase de otra de sus trivialidades, suceden unos instantes de desconcierto durante los cuales ninguno sabe cómo continuar. Mas primero lo hace ella, quien, no obstante su destierro y el penoso *vía crucis* soportado en la última década, sigue siendo más inteligente que él cuando se trata de gestionar determinados aspectos tocantes a su imperecedera relación conyugal.

—Me quedo porque aquí no tengo nada y allí todo. Me quedo porque aquí he perdido lo poco que me quedaba del cariño de mi hija. Me quedo porque ya no puedo soportar que la gente que no me conoce no me salude por la calle, y que la que se acuerda de mí me rehuya persistentemente la mirada. Me quedo porque un día algún bestia derriba una torre conmigo dentro. Y me quedo porque, aunque me cueste reconocerlo, sigo enamorada...

Esta vez es Pancho quien violenta el sepulcral silencio:

—¿Lo saben tus padres?

—Sí. Pero no me admiten en casa.

—Ya. El “qué dirán” dichoso. Ahora te pasa factura.

—Así es. Y si tú me dices sí al favor que te voy a pedir, en tu caso la factura será doble, he de reconocer que sin merecerlo.

—¿De qué me estás hablando?

—De que me quedo a vivir en tu casa. ¿Acaso no somos marido y mujer?

—No entiendo nada.

Y es verdad. Pancho no entiende que pueda revivir una llama de la que, si bien aún permanecen resabios en su interior, se había apagado en el de ella el mismo día en el que se percató de que ya no era una adolescente. Mas si eso es incomprendible, desconoce por qué una eventual

reconciliación sería tan pesada para él desde la perspectiva de los dimes y diretes, que tan bien dominaba.

Pero Manuela aclara cualquier malentendido:

—Estoy decidida, ahora sí, a rehacer mi vida junto a José Luis.

En el día que amanece tras la penumbra en la que ella anuncia el improvisado cambio de rumbo a su vida y a otras dos vidas que controla, casi sin quererlo, desde la distancia, Manuela, como en los viejos tiempos, vuelve a escuchar los síes de siempre de labios de los primos de siempre. Primero, el de José Luis, tan prestigioso ingeniero como incorregible romántico incapaz de rechazar cualquier proposición procedente de la que nunca dejó de ser, desde la primera vez que la besó en las fiestas de Honda, la musa de sus sueños. Y seguidamente el sí de Pancho, que comprendió, después de consultarlo con la almohada, que la insólita situación, la acogida en el hogar propio a una mujer que, por más que de su propia esposa se tratase, ya antes de entrar declara a los cuatro vientos su intención de amar y dejarse amar por otro, a la sazón su gran amigo, le haría reconquistar sin flashes, pero con el aura de la estrella que nunca dejó de ser, el protagonismo que perdió cuando lo absorbió Castilla, cuando quedaron atrás los tiempos de la magnífica escuadra que, paradojas de la vida, llevaba su mismo nombre.

Con el único pero de que, como había de sentarse a la mesa con los padres de su mujer y de paso, también con ella misma, en esas visitas que ya no podría evitar en modo alguno por haberlas institucionalizado y que ahora llevarían incorporadas regalito de hija pródiga, lo mismo a fuerza de regalar dos *riberas* en vez de uno, en contraprestación por las dos invitaciones, terminaba de consumir las existencias de su simbólica bodega.

## FONDA

**FLORECE EL IMPERIO** al otro lado del mar. Ese mar tan lejano, tan distinto del monte pinariego, tan desconocido.

El esplendor romano, proporcional a su capacidad de expandirse, sortea con mayor o menor habilidad los obstáculos que encuentra allá donde esa facultad se ejercita. Es el caso de Fonda.

Una división de quince o veinte hombres ha alcanzado el emplazamiento, coincidiendo con el cese de las escaramuzas de antaño. El conflicto permanente ya no tiene cabida en la civilización actual. El signo de los tiempos, concepto tan extraño a Fabila como al resto de sus contemporáneos, está terminando por imponerse en esta parte de la Hispania Citerior, la Tarraconensis, unos siglos después de que lo hiciera en el corazón de Europa. En Clunia, que está tan sólo a unas millas, hace ya más de una centuria que conquistaron un poblado celtibero, y allí se ha desencadenado una auténtica revolución. En torno al

foro, se empieza a hablar de filosofía, de arte, de espectáculo. Hay dos vidas. Una existe. La otra se interpreta. La enorme contradicción es que la segunda se vive mucho más intensamente que la primera. En el teatro.

Fabila vive en Fonda desde que sus padres y el resto de los miembros de su clan, celtíberos arévacos, la fundaron en el año 120.

En un principio vivían con otras 25 familias unos metros más arriba, en el castro.

Allí, a más de mil cien metros de altitud sobre el nivel del mar romano, sus casas bajas de adobe apenas proporcionaban cobijo suficiente contra el fuerte viento. La crudeza de la climatología impedía la explotación agrícola de la tierra, completamente estéril. A la vez, el ganado no encontraba el pasto necesario para sobrevivir y, lo que es peor, carecía de espacio natural para buscarlo más allá de las fronteras del castro. No eran pocas las ocasiones en las que las ovejas y los cerdos se convertían en alimento de los buitres. Estos, en su dictadura indiscutida, prolongaban al ras del suelo su despiadado gobierno del cielo...

Pero las circunstancias mandaban, y la defensa contra los pueblos vecinos sólo era posible en aquella pendiente, divisando al visitante desde la cumbre, viéndolo llegar, impidiendo, si era menester, por los medios que en cada caso resultaran más apropiados, que aquel superara la barrera del barranco natural que constituía el límite inferior del poblado, justo encima del río.

Cuando perdió sentido el espíritu eminentemente defensivo del poblado, cuando sus habitantes se percataron de la inutilidad de seguir combatiendo contra individuos —o acaso pueblos— de todo punto inferiores, cuando los vecinos romanos dejaron de ser adversarios en la guerra para convertirse en socios potenciales en los

negocios y copartícipes de la cultura híbrida que nació como resultado de la colonización no impuesta, la familia de Fabila Lacobriga bajó al valle, donde todo fue, de repente, mucho más fácil.

Ya en Fonda, Fabila y su clan pudieron ocuparse en cuerpo y alma del cuidado del ganado ovino y porcino. Esa industria les reportaba lo suficiente para comer y para obtener una renta por la venta de los productos que ellos mismos elaboraban. Con ese ánimo lucrativo organizaban expediciones a los pueblos vecinos, también arévacos, pero mucho más pobres y, desde luego, menos ingeniosos que los fondeños para administrar el fruto de su trabajo. Y todo bajo el indiscutible dominio de la mujer, de la madre, quien, amén de impartir instrucciones al hombre de la casa sobre cómo ensalzar las cualidades del trabajo bien hecho, se dedicaba a otros menesteres, como la industria del barro y la de los telares, esta última conocida por sus resultados en muchas leguas a la redonda: trajes vistosísimos, preciosistas y sorprendentemente prácticos, idóneos para luchar contra las inclemencias del frío.

Aunque había oído, desde luego, hablar de esos vecinos del oeste, los de Clunia, Fabila nunca antes había tenido la oportunidad de relacionarse con ellos cara a cara.

Ahora, después de diez días de convivencia, el matriarcado de Fonda, el mismo que ha colocado a Fabila en la cúpula de la organización local de su poblado, está bajo la amenaza de esos guerreros. Hombres todos y hombres de mundo con derecho divino, según pregonan, a explorar encantos carnales ajenos, aun ocultos bajo los trajes de las serranas fondeñas o de otros lugares, con el amparo incuestionable del derecho romano que les reconoce el estatus de ciudadanos.

Sin embargo, Petronio, el líder de los advenedizos, el que por razón de su oficio conoce las lenguas y las costumbres de los territorios por los que, en torno a la colonia, transita, termina por imponer cierto orden y sienta las bases de una cohabitación, en principio temporal, entre los prerromanos y los invasores extranjeros.

Así que sus indicaciones son las de vedar el desenfreno que suele acompañar a la lujuria. Todo a su tiempo, instruye a sus hombres. La tierra es demasiado rica, demasiado preciosa, para pensar en cosa diversa al aprovechamiento de sus recursos, que en el fondo equivale a conquistarla. Petronio es mucho más práctico que aquellos que se dedican a proclamar a los cuatro vientos dogmas de una civilización de la que en verdad carecen. No, Petronio no es de esos.

Pero con el paso del tiempo, en el vico de Fonda algunas actitudes hacen entrever que entre Fabila Lacobriga y Petronio existe algo más que buenas sensaciones. Él se ha construido en cuestión de meses una casa de piedra, la octava contando con las que ya existen, muy próxima a la de ella. Y el acoso hostil a través del cual, como buen actor, empieza a seducirla (aun con el riesgo, todavía controlado, de contrariar sus propias instrucciones, bordeando el límite de la norma) es de momento, para la Lacobriga, una especie de cortejo elegante en la que ella no está educada. No en vano, los escasos varones que viven en la aldea y con los que la diferencia de edad con Fabila no supera los veinte años no tienen otro oficio que la protección del territorio. Y ahora, desde que cesó la guerrilla, desde que la paz les permite disponer del tiempo a su arbitrio, sobreviven disueltos en el popurrí de avatares, sin encontrar un sitio en el lugar o en el tiempo. Acaso en un último simulacro de la autoridad que ya nadie les reconoce, han osado cuestionar la legalidad del estatus

de los vecinos romanos, pero la entente cordial que, de forma tácita, se ha alcanzado con estos les impide plantear de nuevo el conflicto. En el fondo, tampoco lo desean. Sus treinta y tantos son edad que, con la vida que antes llevaron, les hace sentirse viejos, incluso para los placeres mundanos. Justo la carta blanca que necesita Petronio para cultivar, paulatina y sigilosamente, su pasión, sin afectar a la convivencia social al hacerlo.

Para regocijo de Fabila y de Petronio, y por extensión, de toda la comunidad, la llegada de la prole de esa simbólica asociación solamente se demora unos meses.

Además, Petronio consigue que la mayor parte de los hombres del *contingente* de Clunia Suplicia, ciudad a la que, al menos orgánicamente, siguen perteneciendo, acomoden sus hábitos a las costumbres locales. En ese tránsito se está produciendo de forma pacífica la fusión de dos culturas que, en esencia, no están tan enfrentadas como en un principio podía parecer. En un contexto así, nadie habla de romanización.

Prospera, a partir de ahí, una creciente industria maderera, impulsada por la profusión de pinares. Río abajo, surcando el paraje natural del cañón, aunque solamente cuando las lluvias lo permiten, la riqueza que genera el monte comienza a abastecer la comarca. La moneda, acuñada en la colonia y llegada hasta Fonda en el devenir de su actividad exportadora, favorece nuevas inversiones. Se construyen los caminos. Una calzada que en la propia península Itálica se tendría por principal atraviesa la sierra de Costalago hasta llegar a Mesella, y allí enlaza con otros caminos que concluyen en Clunia. Sin romanización, únicamente por el azar que quiso que Petronio y los suyos pasaran por Fonda camino de la capital Tarraco, termina resultando que, para los fondeños, la gran metrópoli está tan sólo a un paso. Hombres —y

mujeres, en menor medida— de afuera llegan hasta Fonda y, a cambio de una remuneración nada desdeñable, confían sus patrimonios a la suerte de los negocios locales, que se convierten en punto de referencia para toda la provincia. Esa mentalidad, la apertura, la amplitud de miras, termina por asolar al antiguo castro y los celtas que aún malviven en la pendiente gracias a la industria, en claro retroceso, de la cerámica, terminan por aceptar la nueva situación; descienden entonces al pueblo —ciudad ya— a vender sus productos y a participar del esplendor que se deja sentir junto a la ribera. El tránsito no es, sin embargo, tan hacedero. Su cerrazón en el pasado, el hábito de rechazar cualquier elemento extraño por ordenarlo así los cánones impuestos (¿hace cuánto?, ¿por quién?) supone para ellos un sambenito del que difícilmente pueden deshacerse; así que lo conservan con la implícita deshonra, no solamente a los ojos de los romanos, sino también de los que, siendo de su misma estirpe, antaño les ofrecieron la posibilidad de compartir la cultura que ellos rechazaron.

Cuando, salvados tres lustros, el antiguo vico completa un censo de mil habitantes, la plaza (el foro, según la mayoría) pasa a albergar un teatro al aire libre, en el que cuando el tiempo, rara vez, lo permite, y sobre todo en ocasiones extraordinarias, se organizan funciones de toda índole.

Un ilustre comediante de la época, nieto a la sazón de Severo Sulpicio Galba, quien llegó a ocupar el trono imperial, despierta la admiración general, y se dispara la pasión por el arte. Este tal Julius terminará desposando a una de las hijas de Petronio y de Fabila Lacobriga, Octavia. La boda, que precisamente se celebra en el castro —puede que con el objeto de consolidar la alianza de los dos grandes sistemas sociales— representa el cenit social

y político del antiguo poblado celtíbero. Más de dos mil comensales, llegados de toda la provincia e incluso de fuera de la península, se embarcan, más en cuerpo que en alma, en la compleja empresa de degustar y acabar con 800 corderos en sin igual banquete regado con vino numantino. En total, la gran orgía se prolonga durante dos interminables semanas. Demasiadas, en todo caso, para impedir que tan magno acontecimiento fuera también punto de inflexión de la época.

Fue a partir de entonces cuando los habitantes de Fonda comprendieron que habían hecho ya fortuna suficiente y que era menester gastarla. ¿Pero cuál debía ser el destino de la inversión? La gran pregunta. Y con ella, las primeras inquietudes y revueltas sociales. La figura de Petronio, hasta ese tiempo el indiscutible líder carismático de Fonda como proyecto urbano, comienza a ser cuestionada. E incluso se construye a un hectómetro largo del foro un rollo.

En un principio cumple una función meramente ornamental, pero transcurren pocos meses hasta que su uso se generaliza. Es además un símbolo, el que precisa la oligarquía dominante para que la justicia que imparte se haga efectiva.

La religión politeísta —arraigada y afectada, como tantas otras facetas de la vida urbana— alimenta el ojo por ojo y diente por diente. Un día de cada mes se celebran en público causas en las que el secretario judicial, disfrazado del dios de turno en cuyo nombre se administra la equidad, el *ius gentium*, decide quién debe pagar, quién debe morir ahorcado.

En estos años empiezan a llegar noticias de la propagación por el imperio de una religión basada en la existencia de un solo dios que abandera el perdón como

motor principal de la relación entre los hombres. Como en Fonda no hay templos, el cristianismo impregna con facilidad las mentes abiertas de sus habitantes. Sin embargo, la vida se ha tornado tal ficción que la religión, sea cual fuere, es otro circo al servicio de un espectáculo más, el de la justicia, tragedia disfrazada de sainete.

Y en medio de ese escenario irreal Fabila es, sin quererlo, el principal exponente de la progresiva pérdida de protagonismo de la mujer, de la madre, en la vida local.

Sin embargo, la anciana Fabila es más valiosa que la lozana. Es, a un tiempo, la Fabila celtíbera, la Fabila casada con el romano, la orgullosa hija de los fundadores de Fonda, la feliz madre de los primeros vástagos que dan carta de naturaleza al encuentro de las dos culturas. Es alta y fornida, de pelo cano, curtida por el sol exuberante que calienta la tierra en la que nació, de senos y caderas abundantes —mucho más después de parir a sus hijos—, enorme envergadura y piernas espigadas y arqueadas, que hacen de sus andares un espectáculo de lo más ocurrente para el tercero. En sus ojos rasgados está su espíritu, la astuta moderadora, la gobernanta, la ecuánime, la emprendedora. Y de noche su equilibrio se transforma en ansia desahogada, en caudillaje en la sombra, empujada por el afán constante y denodado de seguir rigiendo a pesar de los obstáculos, ya no en la plaza sino en la penumbra de la alcoba, con su cercanísimo sucesor en el carisma, los destinos del antiguo vico, de la nueva población plural.

Un día, seis meses después de la gran boda, Fabila Lacobriga recibe una visita inesperada. Un adolescente a quien no conoce la aborda y la somete a un interrogatorio que en momentos llega a rozar la indiscreción. Fabila lo

toma por un romano de Clunia o de la propia Tarraco de paso por el poblado, aunque reconoce lo extraño de la circunstancia.

La diferencia de edad entre los dos es evidente. Sin embargo, al joven Comodo no le importa recurrir al más antiguo de los negocios para sonsacarle información. Fabila se da cuenta de que algo no encaja, pero entra al juego. Y la partida se prolonga. Comodo obtiene las respuestas que quiere oír, razón por la cual no extiende su galanteo más allá de lo que ordenan la moral y las costumbres. En el diálogo se cruzan conocimientos sobre el rango jurídico y la posición social de todos los pueblos que vienen conformando el núcleo urbano desde hace unas décadas; sobre personas concretas, con nombres y apellidos; sobre la vecina Clunia; sobre Petronio y su manera de ejercer el poder municipal; sobre los hijos de la pareja y, en especial, sobre las costumbres de Octavia y el artista; sobre la industria y el comercio; sobre la ingeniería; sobre la forma de administrar justicia.

El pobre Comodo es demasiado joven e ingenuo para darse cuenta de que difícilmente puede enfrentar con garantías la astucia de la Lacobriga y que, al menos a corto plazo, es imposible que nada de lo que ella diga pueda redundar en perjuicio de sus intereses personales y colectivos. Y, después de unos días de falsas intimidades, regresa lejos, muy lejos, nada más y nada menos que a la metrópoli, a rendir cuenta de los secretos del éxito de una forma distinta de convivir y de prosperar. Ocurre que la receta no es la auténtica, porque Fabila se ha curado muy mucho de decir otras verdades que las necesarias para no dañar a nada ni a nadie. Fabila es consciente de que hay mentiras que, en función de las circunstancias, de quién es el emisor y el receptor de las mismas, acaban por disminuirse por el paso del tiempo; incluso cuando se

descubre su condición de tales, cuando las verdades comienzan a ver la luz.

En ese tiempo pocas, muy pocas, osaron contradecir en algo los deseos del joven Comodo, pero muchas menos le faltaron a la verdad. Que una de ellas fue Fabila era tan evidente como que, cuando el modelo empresarial de Fonda se exportó a otros enclaves del imperio, fracasó con estrépito.

¿Habría venganza para ella y sus acólitos?

Al menos la distancia no era obstáculo para su ejercicio, sobre todo cuando Comodo, aquel joven esmirriado y bisoño con aspecto de listo peligroso y con defectos físicos ocultos de los que Fabila, sabia hasta por el sino, alcanzó a tener alguna evidencia, llegó a ocupar el poder absoluto sobre la civilización romana, el trono imperial.

Fabila no es profeta. Simplemente asume las consecuencias de sus actos.

Es conocedora de que resulta totalmente imposible dar a cada uno lo que considera que es suyo, porque no habría para todos. Y, con ese entendimiento, no tiene otro remedio que arremangarse y, con el apoyo de Petronio —este último convenientemente al margen del capítulo aislado que con su mujer protagonizó el futuro emperador—, empezar a lidiar con las primeras grandes diferencias.

Consciente de que su empresa, en origen de paz, se convierte por la ubicuidad del resultado en foco de luchas intestinas, e incapaz de remediarlo, hay una parcela que quiere preservar a toda costa. La que ha dado sentido a su vida y a su obra. Y así, se levanta al alba un día sí y otro también para esculpir en uno de los pilares de su casa las últimas páginas de la pasión que para entonces ya se ha tornado amor efectivo. Petronio participa, siquiera recep-

tivamente, en ese ejercicio, que sin duda contribuye a complacer su inquebrantable ego. Aunque sabe tan bien como ella que la intención de la Lacobriga es que esas páginas nunca vean la luz, porque de hacerlo se interpretarían según las particulares conveniencias de cada cual, como todo lo demás.

En el año 191 Petronio y Fabila Lacobriga serían asesinados y arrojados por el puente que ellos mismos mandaron construir. Quienes ordenaron tan atroz ejecución no cumplieron previamente con la formalidad establecida, a saber, la del dictado de un dios, aun terrenal, que así lo dispusiera.

Y la tropelía fue tal que, al prender fuego a su casa, la más importante del pueblo, al día siguiente del asesinato, se cumplió el deseo compartido por los amantes: la privacidad de su leyenda. Nunca nadie la conocería.



## **MIMBRES PARA EL SILENCIO (I)**

**EL VIAJERO DECIDE**, tras el almuerzo, sentir el placer fluvial de la ribera.

Utiliza una vieja bicicleta, escasamente rodada por cierto, a la que seguramente podría darse mejor utilidad. Torpón, no sabe cómo hacer para cargar, mientras pedalea, el cuaderno de notas donde viene apuntando sus hallazgos. Una mochila sería la solución, tan obvio como suena, pero como dicen en Castilla, no sin razón, el español fino después de comer se queda frío. Y fino o basto, así le ocurre al viajero, cuyo ánimo también incluye una cierta dosis de cansancio infundado, que no es precisamente el mejor de los estimulantes para andar reordenando la bolsa de viaje. La deja en la casa, para no hurtarle su sentido originario.

Finalmente lo consigue.

Son apenas 500 ó 600 metros de trayecto. Los primeros 200 le recuerdan a su boda, cuando descendía

anonadado hacia la iglesia del brazo de su madre, trompando de forma escandalosa ante la inusitada expectación de la masa. Fue ya entonces cuando constató que nunca, ni siquiera aquel día, un viajero de afuera, un extraño, podría ser, no ya protagonista, sino simple actor de reparto de la intrahistoria de Honda.

Serpentea su velocípedo por las callejas a las que da sentido el bar del Chato, la antigua peña, las escuelas con su parquecito, el Ayuntamiento enfrente, hasta llegar a la iglesia y el camposanto. En las pisadas sobre el barro, resultas del nublado de la última semana, se aprecia claramente que no hace más de dos o tres horas ha terminado allí una celebración litúrgica. Y eso que son las cuatro de la tarde de un sábado que el viajero, ajeno al general conocimiento de los eventos hondeños, enjuicia como un sábado más.

Pasado el rollo, llega a la primera desviación hacia la senda turística del cañón y luego, en cuestión de segundos, al barrio de abajo.

Sí se puede decir que en él las calles y hasta la vida parecen distintas. Perros que no dejan de ser vagabundos por el hecho de pertenecer, en propiedad o en mera posesión, a individuos de carne y hueso, con patronímico y algunos hasta con simple sobrenombre o pseudónimo. Casas más bajas, algunas de madera. Más humedad, quizá más frío. Una vía principal, por donde la bicicleta ya no serpentea sino enfila, y a los lados, arterias secundarias o terciarias o cuaternarias. El declive del asfalto. El gran charco. Y al final, algún chalecito con pretensiones, que desentona. Así hasta llegar al río.

Dicen siempre en los pueblos que la política, especialmente la local, la más cercana al individuo, está directamente marcada por las presiones e influencias que ejercen quienes en cada momento constituyen la clase

dominante. Al viajero no le cabe ninguna duda de que, en Honda, semejante afirmación es del todo cierta.

Obviamente, el viajero carece de suficientes elementos de juicio para conocer en quién sería justo descargar determinadas responsabilidades. Incluso tiene la sospecha de que tan espinoso tema como el de las habilitaciones competenciales para proponer y decidir no es en modo alguno pacífico, ni siquiera para los propios habitantes de Honda, luego es difícil hablar de culpas. Son demasiadas administraciones y, parece, demasiado corruptas.

Comprueba que, como suele ocurrir en estos casos, ha existido una tentativa de inversión, con casi toda seguridad debida a la grandeza (o más bien, la grandilocuencia) del cañón. Hay carteles en madera con leyendas esculpidas, típicas enseñas de parque natural o aun nacional (éste no pasa de la primera categoría). Dice Tristán que los puso la Junta hace algunos años, como más recientemente el habitáculo que provisionalmente ocupa Ana para satisfacer la curiosidad de los más interesados o de quienes precisan algún dato que acompañar a tanta naturaleza. Pero la verdadera frontera del parque empieza avanzando por el cauce del Lobos, y llegando por arriba, por la desviación principal, próxima a la vía abandonada. Lo que hay allí, junto al puente, es el proyecto de algo que debió de dar dinero a unos pocos, pero que no se tradujo en nada mínimamente atractivo para el eventual homónimo del viajero.

“El Portillo. Mirador de Costalago”, dice el letrero de arriba; “Calzada romana”, el de abajo.

Justo a la entrada del puente el paisaje es grandioso. A la izquierda el monte rocoso, formado por enormes piedras de cantera, sobradamente erosionadas todas, ver-

dadero elogio de la curvatura, con escasa vegetación y menos frondosidad, superpuestas las unas a las otras, como si el tiempo, al moldearlas, hubiera querido transmitir algún mensaje que sólo los más viejos pueden descifrar. Fijándose uno con detalle, piensa el viajero, alguna de aquellas piedras podría representar la imagen de alguien conocido, siendo la naturaleza y no la mano del hombre —al observador le vienen a la memoria otros ejemplos de montañas que, por voluntad de los gobernadores, han querido dar testimonio de los rostros de las deidades, presidentes o reyes cuyo imperio heredaron— la que, por mero capricho, habría escogido quién merece realmente ese reconocimiento, y por qué un lugar tan recóndito como aquella excepción orográfica es el adecuado para rendirlo.

Debe de haber, por cierto, en algún punto de la ladera algún basurero, pues el viajero puede observar cómo pequeños montículos de desechos humanos se concentran en un extremo, o en varios, vistiendo de plástico la tierra estéril. A escasos pies del lugar en el que él se encuentra, tres o cuatro latas de *Kas* y *Coca-Cola light* y la bolsa de alguna tienda de San Leonardo reclaman su pequeño lugar en el paraíso. Ese mismo escenario —reflexiona— sería suficiente para caracterizar, en un alarde de generalización, a alguna gran ciudad europea, Atenas o Lisboa, por ejemplo, y ello por la incapacidad de sus regidores, ciudadanos al fin como el resto, para hacer respetar el legado de la historia, o si no, quién sabe, precisamente para continuar siendo fieles a la otra historia más reciente que dio carta de naturaleza a esa imagen.

Estas piedras, que se elevan hasta una altura considerable, ocupan más de la mitad del cuadro, de la media circunferencia que tiene ante sí el viajero, sentado junto al lugar en el que ha dejado caer su vehículo.

Al otro lado, hacia el oeste, asoma otro altozano, éste más próximo, de menos rocas y menos superpuestas, decrepitud del asomo de cordillera hasta confundirse con la misma meseta, allá donde se empieza a poner el sol durante la sobremesa de las familias de Honda. Pero es una falsa impresión, es lo cercano lo que, por ley de la perspectiva, abarca la mirada de forma inmediata y no permite descubrir lo que queda detrás. Excepto por arriba y por la derecha, a 90 grados, donde sí, donde se vislumbra la unidad de una verdadera sierra, la prolongación de la que se perfilaba al otro lado del puente, con la misma redondez y rotundidad, pero sin final.

Honda es una excepción, un pueblo montañoso en medio de Castilla.

La que se anuncia en el letrero inferior, la llamada "calzada romana", es la que da sentido a la partición del paisaje. Probablemente igual que en los libros de ingeniería de caminos y, desde luego, tal cual se pinta en los tebeos infantiles, del puente sale un sendero indefinido, con hitos pero sin lindes, que no sube tanto como la montaña pero que da la impresión de atravesarla, de llegar mucho más lejos, puede incluso que hasta otra cordillera. Fijando la mirada en lo que puede ser la senda, se adivinan fuentes, cuevas y recodos para darse un respiro. Parece no que la calzada ascendente circule por el valle, sino al revés, que la calzada, o la función que ha cumplido desde hace unas dieciocho centurias, haya hecho valle. Son múltiples las ocasiones en las que ocurre algo semejante: el imparable avance del hombre es una barrera al devenir uniforme de la naturaleza. Y allí donde tuvo que haber montaña, gemela o acaso aislada si se tienen en cuenta las que pueda haber a izquierda y derecha, lo que hay es infinito.

Un valle sobre otro valle. Imponente.

Más adelante Tristán le dirá al viajero que, colina arriba, aproximadamente a una milla, se encuentra la famosa Tierra Gadea.

Ni estando a escasos metros del puente es fácil intuir su presencia. Pero cuando ya se adivina, lo impregna todo.

Es un puente viejo y ajado. Diríase que el agua, en forma de crecidas y hasta riadas, ha sido para él peor enemigo que el paso de los hombres, de los animales y de los carros. Así lo parece por ser el gasto más patente en la parte inferior, allá donde el contacto con el elemento líquido. Y además porque, amén de algún pastor, o acaso excursionistas sin rumbo, y estos por un albedrío caprichoso con su condición, no es posible que ese lugar lo frecuenten otro tipo de gentes. Bueno, al menos eso especula el viajero, que curiosamente no pertenece ni al mundo de la ganadería ni al de la humanidad trashumante.

Aun así el puente continúa robusto, desafiante. Invita al encuentro. Lo facilita la reconstrucción de la senda, casi calzada, que forra sin especial gusto el arte vetusto, parte de la escasa herencia —supone el viajero— de la tan traída inversión administrativa. Y eso que su planicie desentona en cierto modo con la curvatura de los pilares que chocan contra las aguas, y también con las piedras, que son, desde luego, de ascendencia romana.

Le da al viajero por jugar a adivino, para calcular el número de puentes como éste que habrá en la península o en toda Europa. No obstante, el paisaje, enemigo acérrimo del raciocinio, le lleva a perder cualquier noción y toda reflexión es pura quimera. Lo mismo puede haber 20 que 5.000, se limita a concluir.

Para contemplarlo perfecto, o dicho de otro modo, para invadirse de su imperfección, baja el viajero a la orilla del Lobos y coge perspectiva. Allí anota:

*El puente debe tener, en total, unos treinta o treinta y cinco metros de largo. Prácticamente todo él son sillares de piedra, de piedra grande. Forman el conjunto del puente tres arcos que, en su origen, debieron ser idénticos. Hoy, sin embargo, es evidente que el diámetro del segundo, el del centro, es algo mayor que el de los laterales. Justo. Debe ser porque es por ahí por donde las aguas, al menos en su curso ordinario, son más caudalosas. La erosión también puede con el puente. Entre el primer arco y el segundo, y también entre el segundo y el tercero, lo que hay son contrafuertes. Uno de ellos, más pequeño, parece original de la época de la construcción. Si bien el corte de los sillares no es el mismo, sí al menos se da un aire con el sillar variado y multiforme del conjunto de la estructura. El otro, el segundo, el más próximo a la montaña, es un monolito. Seguro que no es romano. No me extrañaría nada que, después de algún temporal de los que por aquí acostumbra, cualquiera que fuera la época en la que ocurriera, y ante el peligro de desmoronamiento, a alguien se le ocurriera trasladar una de las rocas que desde la montaña protegen el valle, y la colocara de contrafuerte. Solución práctica, sin duda. Porque el puente sigue ahí. Retando el paso del tiempo.*

Cualquier ángulo es escrutable. Esa circunstancia le lleva al viajero al otro lado del puente, al inicio de la calzada a ninguna parte. Para toparse, de inmediato, con una baliza en la que algo que a primera vista parece un número, en blanco y amarillo, despierta inmediatamente la curiosidad

del visitante avezado. Cuando el viajero, que en este punto lo es, se acerca un poco más, descubre que se trata de una inscripción alfanumérica: “MP”.

Algo lo conduce de nuevo junto al río. Quizá de ese lado el caudal es mayor. El viajero no puede resistir la tentación de comprobarlo y desde la misma línea fluvial arroja piedras a uno y otro lado y comprueba que, en efecto, la profundidad es mayor en éste. Al menos, un metro. Y, a pesar del invierno, no tiene aspecto de ser ésa magnitud apropiada para el accidente en cuestión. Incluso el viajero recuerda haber contemplado fugazmente, en el mismo sitio pero en otro tiempo, el post-paisaje que endiabladas tormentas de primavera dejaban a su paso, hasta situar el nivel de las aguas prácticamente a la altura superior de los tres ojos del puente, y su curso a punto del desbordamiento.

El viajero se para. Deja caer el cuaderno. Se sienta, aun a riesgo de mancharse entero. Ni siquiera piensa. Simplemente oye el silencio. Y cuando se da cuenta, lo termina escuchando.

Ningún silencio es perfecto. Un sudafricano pagó hace algunos años cierta millonada —incluso calculada en los términos de progreso, euros que han devuelto al vocablo su literal sentido— por subirse a una nave espacial y contemplar la tierra desde arriba. Puede que los sonidos propios de la nave, quizás los de la radio que mantuviera a los astronautas en permanente contacto con las estaciones terrenas de Moscú o de San Petersburgo o de Minsk, impidieran sentir el silencio. Pero el viajero sólo es capaz de imaginar, precisamente, el silencio cuasi-perfecto, por lo que se ve también utópico, de ese otro viajero aficionado que un día se lanzó al espacio: a ver, claro, pero también a no oír, a escuchar el silencio.

Ningún silencio es perfecto. En cualquier momento es posible que una de las grandes rocas de arriba, de la montaña, se haga mil pedazos o que por cualquier causa o circunstancia baje rodando por la pendiente, arrastrando a otras en su camino. No haría ascos el viajero a esa posibilidad, pues siempre le llamó poderosamente la atención comprobar cómo las situaciones más extremas son precisamente las que se hallan a sólo un paso las unas de las otras. En muchas ocasiones el viajero sueña que se encuentra en el mismo límite superior de un tajo vertical o en la azotea de una casa y que quiere lanzarse al vacío sin cuerdas y sin red, pero también vivir para contar, para probarse a sí mismo que de lo bueno y de lo malo no hay motivos para hacer una montaña, porque no puede descartarse que, por poner un ejemplo, desde la montaña de enfrente o desde el valle, lo que era bueno pase a ser malo y viceversa.

Ningún silencio es perfecto. Poco a poco, algún chapoteo del agua cercana se hace un sitio en el oído agudo del viajero.

Su origen es conocido. No así su destino. El valle, kilométrica cavidad castellana, reparte aleatoriamente los sonidos.

La vista del viajero se pierde en la pequeña cascada que queda a su derecha, justo detrás de la antena deforme y, en el cuadro que forma su mirada, en la parte inferior de la ermita, donde el sol ya mortecino proyecta su disposición a reposar el oficio periódico. Muy lejos ya, al norte, en la parte superior del cuadro, el alto de Santa Lucía.

Podría ser. Ese pequeño revolcón de las aguas tiene todos los visos de escucharse de esa guisa. Pero son muchos los meandros del Lobos y muchos deben ser tam-

bién los saltos. Cada uno, con su propia sinfonía inconstante.

En cualquier caso, el viajero podrá convivir con la duda.

El viajero está sentado en la raíz de un tronco, a unos dos metros de la orilla. En todos sus flancos, excepto por el frente, donde se encuentra el cauce, han crecido yerbajos de irregular textura. Algunos no pueden ocultar que son presa de las crecidas cuando éstas llegan.

Su vista también le permite reconocer, como elementos extraños al paisaje, un envasado de agua mineral y un paquete de *Nobel*.

Existen unos cuantos ríos que, en ciertas escalas, son magníficos para el común de los mortales. Esa magnificencia puede estar en el endiablado ritmo de la corriente, en el enclave o en el contador de metro cúbico. El viajero conoce el nacimiento, en la sierra madrileña o en los Pirineos, de renombrados regueros, ha estado en el Duero soriano y después en el zamorano, como en el estuario del Tajo portugués, en el Moldava praguense, y hasta en los tres ríos de América, a escasos metros de las espectaculares cataratas de uno de ellos.

Mas en esto el viajero se nos descubre extraordinario, no común. Este viajero tiene predilección por todos los ríos, riachuelos, arroyos, afluentes. Todos. Llévelo cierto interés en ello —como ocurre, por frecuentarlo de cuando en cuando, con el cauce seco en verano del arroyuelo de La Ventosilla, cerca de Oropesa— o por el solo hecho de atravesar los puentes que los ingenieros de carreteras mandan construir sobre sus cursos —algunos sin mención de río tal o arroyo cual—. Y, sin entrar en grandes exploraciones sobre las razones que justifican esa

pasión incontrolada, encuentra la superficial explicación de poder concluir, en todos los casos, que esas moléculas que circunstancialmente se cruzan en su camino, acaso lejanamente y en un punto muy distinto del planeta, serán un día muy lejano gotas de mar salada, aunque en su origen hayan pertenecido al último de los subafuentes del afluente menos ilustre de un río de tercera. A veces, incluso, ha tratado de calcular el tiempo que invertirían los patos absurdos de la ribera madrileña del Manzanares —tan no ella— si como él, viajeros, emprendieran el camino ya trazado por la corriente, como si de su propio destino se tratase, hacia tierras lusas.

En éstas se ve el viajero cuando su vista se pierde en el discurrir ordinario del río Lobos. Pensando lo mismo. Sintiendo lo mismo.

Al viajero se le ha echado la tarde encima, y con ella, la tonalidad vespertina de la sierra de Costalago. Ahora sus grandes cantos, sus pequeños monolitos, parecen corceiros, pequeños y grandes. Corre la brisa y no sería difícil convertir el conjunto en un enorme rebaño en fugaz movimiento. Cabe también imaginar la espantada. Pero para que la imaginación se tornara acto haría falta esperar a que la brisa se convirtiera también en hálito y arrastrara a una de las rocas, una sola es suficiente, a ser posible de las consistentes, capaz de provocar el deseado efecto dominó. Quizás demasiada mudanza para tomarla en consideración, pero la comparación de semejante alud con reses poniendo pies en polvorosa entroncaría con el refranero popular que, también aquí, dicta que sólo una de ellas cayendo por el barranco sería tanto como activar la correa transmisora para hacer volar, de un plumazo, el rebaño completo.

Una última mirada al frente, hacia la zona donde se concentran la mayoría de las casas. No cabe duda. Todas las trazas del pueblo de Honda y sus alrededores son distintas. Al final, puesto que depende de las hechuras de cada mirador, resulta que existirá más o menos pueblo en la medida en que se contemple desde uno u otro ángulo. Y así debe ocurrir con todas las cosas.

Por eso, lo que en uno pueda ser desánimo, en otro será regocijo, y donde quizás haya bienestar, si le aviene al dueño de la impresión fugaz, no faltará quien no muy lejos añore otro tipo de placeres, de posibilidades.

El viajero esboza en no más de veinte rayas, alternas curvas y rectas, el escenario visible, para luego compendiarlo en el cuaderno rojo:

*Primero, en la izquierda extrema, un camino nuevo para el ganado, como siguiendo la propia orilla del río Lobos.*

*Lo más distante, Santa Lucía, y no parece desde el sitio donde me encuentro que alcance especial altura, suficiente al menos para poder divisar desde allí cualquier paisaje medianamente distante.*

*A la derecha, en un plano inmediato, la primera ermita, y yuxtapuesta superior, la colina de la cruz visible. ¿Cómo puede dudarse de que allí hubo castillo, si no hay prominencia más idónea en toda la zona?*

*Bajan las dos curvas de los dos altos y entonces aparece por la siniestra la primera casa, en el propio nivel fluvial.*

*Honda se anuncia detrás, y sobre todo, por la derecha, en larga línea horizontal. Pero sólo se anuncia. Porque desde este punto solamente destacan las casas en construcción, pulsando el signo de la economía. Si mucho tiempo llevan así, será que no hay dinero. Lo contrario es*

*buena cosa, comprobar que con los días los aspectos son diferentes. Mejoran, si es que la sustancia es mejor que el vacío (que habrá quien lo dude).*

*Y en la retaguardia de la retina, de nuevo el cañón, cobijando.*

Cuando el viajero emprende el camino de vuelta, a punto de retomar la bicicleta, escucha algo diverso al ronroneo acuático, puntual y duradero. Debe ser un grajo, porque empieza a hacer frío de verdad.

Al día siguiente el viajero recibe una mala noticia. Han ardido cinco casas del barrio de arriba. Un intenso frío al caer la noche hizo que un vecino atizara el fuego de su chimenea. La estructura no pudo resistir la intensidad del calor. Al caer el tejado, las llamas se expandieron por toda la casa, y también por los hogares adyacentes.

Otros acudieron al socorro, pero apenas pudieron evitar la desgracia. En no más de un cuarto de hora, todo, absolutamente todo lo que daba sentido a la vida de cinco familias de Honda —algunas por adopción, llegadas del otro lado del Atlántico— fue pasto del monstruo rojo. “Nicomedes, métete *pa* dentro, que ya poco puedes hacer, hombre”, le dice alguien a una de las víctimas, señalándole su vivienda. Pero Nico, el Galápagos, le responde: “*Dejame, dejame* ver esta desgracia tan grande”.

Puede que el último día de esa vieja chimenea estuviera ya escrito en algún recodo del monte.

Cuando al viajero le cuentan el triste episodio del incendio, se imagina una situación determinada. Claro que nunca asistió a un zarpazo de la madre naturaleza como el que aquí se narra, mas el conocimiento de la forma de afrontar envites en estas tierras le hace suponer que no hubo desesperación incontrolada en las palabras y

en las actitudes de los afectados. No los ve como a las víctimas igualmente injustas del cantautor astur, tendidos en el barro, implorando al cielo la asistencia que —saben— nunca llegará. No cree que tuvieran esa urgencia tan propia, quizás, de otro tipo de caracteres en expulsar toda la tristeza interior en el menor tiempo posible, para hacer más plausible la esperanza de que todo tiempo futuro fuera mejor. No. Las víctimas del incendio de las casas bajas de Honda de fijo se hacen, en ese mismo momento, su composición de lugar y prevén ya un porvenir todavía peor que el presente. Ya llegarán las tinieblas, y sobre todo el frío. Entretanto, el viajero los cree conformándose con asistir al espectáculo devorador, con guardar un recuerdo, una fotografía instantánea, de un presente que empieza ya a ser pasado.

## SEPTIEMBRE

HACE APROXIMADAMENTE tres años, quizá más, que Dionisio y Edgar llegaron a Honda.

Su incierto origen —a juzgar por sus rasgos y por la afectación de su castellano, no eran naturales de la provincia, ni siquiera del país— no fue obstáculo para su pronta adaptación a los hábitos e instituciones locales. Al principio, si no frecuentaban los lugares en los que solían coincidir los hondeños a ciertas horas era, única y exclusivamente, porque su mísero jornal se lo impedía: vivían realmente explotados, y sólo con el salario mínimo interprofesional no podían permitirse el lujo de dilapidar 200 ó 300 pesetas diarias en placeres que, desgraciadamente, no estaban a su alcance. Con el paso del tiempo y la inversión de muchas horas extraordinarias trabajando en la fábrica —donde pasaban toda la jornada del sábado y a veces hasta el domingo por la mañana—, fueron capaces de ir reuniendo un pequeño patrimonio, una especie de

sociedad de gananciales homosexual con la que, eventualmente, podían darse a algún que otro contentamiento mundano, ejercicio que habitualmente les acercaba a la gente del pueblo: para celebrar el tercer tiempo de ciertos partidos de fútbol que jugaban con otros inmigrantes los fines de semana, para realizar esporádicas visitas al Canaima para ver al Barcelona...

Dionisio no es excesivamente alto, debe rondar el uno setenta y cinco, pero la escasez de su envergadura le hace parecer largo, desgarbado. Su cabello es lacio y medio rubio y tiene un aire a uno de los tenistas más importantes del momento, el brasileño Kuerten. Está orgulloso de esa —lejana— similitud y no le disgusta que algunos conocidos, con los que ya tiene un cierto trato, le digan “Guga”. Su personalidad es extrovertida. Inclusive, en la relajación que le proporciona el tabaco (dos cigarros al día por norma) llega a perder sus ya escasos reparos y no duda en lanzar virtuosos piropos (otras veces, a causa de su ignorancia, descontrolados improperios o verdaderas groserías) a las mozas de trece o catorce años, las únicas con las que al fin se atreve, cuando rara vez éstas se cruzan en su camino.

La complexión de Edgar es mucho más fuerte. Aparenta bastante más edad de la que tiene. Quienes no lo conocen seguramente lo catalogarían como el típico avisado llamado a convertirse en guía carismático de grupos o de masas, y es que no le falta cierto gracejo en sus actitudes. No obstante, ahondando lo justo en su personalidad, nada queda más lejos de la realidad. Le cuesta entablar conversación, no tanto porque no lo desee —especialmente en determinados momentos—, sino porque no está seguro de hacerlo con la idoneidad que exige cada circunstancia y, ante el riesgo de equivocarse, prefie-

re callar. Es, sin embargo, sincero, sobre todo con Dionisio, con quien cree estar en deuda permanente. Nunca se dirige a él por su apodo, sino por su nombre de pila, por no alimentar sin fundamento el ego de quien es su mejor amigo, ni dar carta de naturaleza a lo que para él no pasa de ser un remoto parecido.

Se han levantado antes del alba. No acostumbran a hacerlo. Pero ya van unos cuantos días consecutivos en los que a Edgar se le pegan las sábanas y la noche anterior decidió poner el despertador un cuarto de hora antes para disponer de un cierto margen. Todas las mañanas es Edgar quien despierta a Dionisio, y ésta no ha sido una excepción.

La fábrica donde trabajan Edgar y Dionisio se encuentra en el pueblo vecino, en el costado de la misma carretera que atraviesa Honda de este a oeste, ya en la provincia de Soria. Se trata de una industria próspera, con importantes ingresos y un nada despreciable beneficio para sus dueños. Ha desarrollado durante décadas una función social de gran relevancia, y de ella vive buena parte de la comarca.

Desde Honda, en la furgoneta de segunda mano que compró Dionisio hace ahora cinco meses, se tarda aproximadamente diez minutos, quince a lo sumo, en llegar al lugar de trabajo.

Para sorpresa de muchos, hoy son prácticamente los primeros en su puesto, que comparten con otros compañeros. Al fichar antes que de costumbre, es de suponer que dispondrán de más tiempo libre a lo largo del día. Aprovechan éste a la hora del almuerzo. En ese ínterin regresan a casa, y hasta pasadas las tres y media, no están de vuelta en la fábrica. Ya entrada la tarde, surgen algunos problemas con un pedido. Unos compradores han llama-

do al departamento de atención al cliente para denunciar ciertos defectos de fabricación y el director de ventas de la empresa sospecha que toda una línea de producto puede estar afectada. El departamento en el que trabajan Edgar y Dionisio es llamado en pleno a capítulo. Menos mal que después de las investigaciones, que se prolongan hasta pasadas las nueve y media, queda demostrado que se trata de un vicio puntual y que no puede imputarse responsabilidad alguna al departamento. Como tantas otras veces, el proceso ha puesto de relieve la tensión existente entre el equipo en el que desarrollan su función y sus superiores. No bien comenzó ayer la semana, y Edgar y Dionisio acusan ya un cansancio emocional intenso. Hoy sólo quieren llegar a casa y relajarse.

Llueve.

De vuelta a Honda, a la altura del kilómetro 407 de la nacional 240, les sorprende un extraño espectáculo.

A la izquierda de la carretera, probablemente a la altura del cañón, aunque es difícil precisarlo debido al manto de agua que adquiere en esos momentos su mayor densidad, se elevan sobre el nivel del suelo seis o siete objetos que irradian una luz tenue, anaranjada, cercana. Acompañándola, un fuerte estruendo de apenas treinta segundos, inconstante, indeciblemente intenso hasta dejar a uno sordo sólo al principio, al final y unas cuantas veces (cuatro o cinco) en el transcurso de ese intervalo, y el resto del tiempo, extraño, melódico, como si se tratase de una especie de eco producido por la oquedad del valle. Instintivamente, Dionisio y Edgar paran el motor de la furgoneta, simplemente para comprobar cualquier posible desperfecto. La revisan por los cuatro costados, abren el capó y la puerta trasera. Nada. También por pura intui-

ción, terminan optando por lo más racional, que es asociar la luz al estrépito, aun cuando aquella permanece unos segundos más, mientras éste ya ha desaparecido por completo. Ahora únicamente se escucha de nuevo el sonido del agua, que a estas alturas es granizo, contra la carrocería del vehículo.

Dionisio conoce vericuetos que conducen a sitios. Como en el fragor de alguna que otra aventura carnal con jóvenes dispuestas —van unas cuantas veces ya—, pero por motivos diferentes, cae en la tentación de adentrarse con su *renault* de quinta mano en la frondosidad del pinar que se esconde bajo la túnica negra de la noche. Cuando en esta ocasión se dispone a ello, Edgar está demasiado impresionado con lo que ha visto y oído para pensar en la extraña habilidad del “Guga” al volante de la furgoneta por las sendas forestales.

Parece que amaina, pero seguramente son las copas de los árboles las que atemperan la sensación de temporal.

Tras cinco minutos por caminos de tierra, la furgoneta ya no puede seguir. Coinciden ambos, sin embargo, en que realmente no es descabellado continuar la búsqueda a pie, a pesar de que no acompañen en absoluto las condiciones.

La visibilidad es cada vez menor. No tanto por la climatología, como por una suerte de humo grisáceo que, curiosamente, va adquiriendo un tono cada vez más negruzco, como las propias tinieblas, a medida que los caminantes se van alejando del que, en un análisis simplista en exceso, podría haber sido su causa originaria, a saber, el trote del vehículo por la tierra virgen. Llega un momento en el que no se ve absolutamente nada.

Frente a Edgar y Dionisio se levanta una pequeñísima colina que ni siquiera el segundo recuerda, y por encima, la mayor humareda que nunca vieron antes los ojos de ninguno. Podría tratarse de una especie de volcán, con cráter, pero sin lava, o al menos sin lava presente.

Deciden encaramarse a la cima. Durante la escalada no se les escapa el curioso detalle de que, a medida que se van perfilando los contornos de la humareda y que es posible divisar, en los flancos, espacios libres de limitadas dimensiones por tener tan cerca el nublado, se va dejando ver, en esos mismos espacios, el dibujo curvilíneo que habitualmente forman las estelas de aeronaves militares en sus acrobacias, verbigracia con ocasión de desfiles más o menos multitudinarios. Esta vez se trata de un solo trazo, mas no uniforme, sino impreciso, como si varios cazas, imitando a un primero, hubieran tratado de respetar en su ruta la línea marcada por aquel.

Al llegar arriba, Dionisio y Edgar comprueban que, antes o después, pero casi con toda seguridad a lo largo de la tarde, ha acontecido allí un accidente aéreo, pues abundan, esparcidos, restos de fuselaje. Al mismo tiempo comprueban cómo la lluvia, ahora de nuevo torrencial, consigue sofocar lo que no ha mucho tiempo debió ser espectacular llamarada.

No parece que haya resto humano alguno. Quizás los miembros de la tripulación saltaron en paracaídas segundos antes de la catástrofe. Pero, ¿y los pasajeros, si es que los había?

Al día siguiente, repiten madrugón. Ansían contar lo que vieron. Los compañeros de trabajo, que lógicamente son los primeros en conocer lo sucedido, les animan a descri-

birlo en el cuartel de la Guardia Civil de Honda, aprovechando el mediodía.

Dicho y hecho.

La sorpresa de los agentes de la autoridad es mayúscula, y los dos efectivos destacados permanentemente en la localidad rastrean la zona. Sin duda el paisaje se ve con más perspectiva cuando el día es claro y esta vez el sol de septiembre, aunque lúgubre, permite realizar el trabajo con cierta minuciosidad.

No pueden extraerse conclusiones claras. En efecto, allí sucedió algo el día anterior. Existen rastros de un aparato, aunque ni siquiera puede precisarse si se trata de una aeronave. De serlo, debió tratarse de una avioneta, por sus reducidas dimensiones. Extrañamente, sin embargo, nadie ha denunciado ninguna desaparición ni percance alguno. No existen por tanto motivos para proseguir las actuaciones, que se archivan en el acto.

Ya de vuelta a casa, en el Chato, comparten la experiencia vivida con los vecinos de Honda. La reacción es de escepticismo y sólo vagamente provoca alguna hilaridad.

Esa resistencia termina por borrar de las memorias, ya frágiles, del Edgar y del "Guga" la huella de un hecho meramente episódico en sus vidas. Mucho menos impactante, sin duda, que la dejada por el discontinuo martilleo de la caja tonta del bar reproduciendo, con el trasfondo sonoro de la inconfundible Ana Blanco y un especialista de política internacional en el estudio del pirulí, el impacto de un Boeing contra una de las torres gemelas de Nueva York, acaecido hacía poco más de veinticuatro horas.